

LA MESA



CLAUDIA MEJÍA

Licenciada en lingüística y literatura y Magíster en literatura hispanoamericana.

Ilustración *Agachadiza común (Gallinago gallinago)*, Kevin Simón Mancera.

El ritual comenzó a repetirse cada día. Limpiaba la mesa, arreglaba el mantel, buscaba la mejor flor. Desde ese momento no dejó que nadie se sentara en aquella esquina. Cada vez que un cliente la mencionaba buscaba la forma de convencerlo de no sentarse allí: es muy caliente, está muy apartada, no se ve el televisor; y mientras tanto la mantenía sola y limpia, brillante y hermosa. Se sorprendió incluso a veces pensando en ella en su día de descanso, extrañándola, y a veces incluso tenía que reprimirse para no contarle a su madre en la llamada de la semana sobre su querida mesa. ¡Quién podría entenderlo!

Había llegado a trabajar al restaurante hacía un par de meses. Le adjudicaron las seis mesas de la esquina izquierda, lo que le desanimó un poco por estar apartadas del salón principal y pudo imaginar que el movimiento allí, y por lo tanto las propinas, sería escaso. No dijo nada. No podía arriesgarse a perder el trabajo. Necesitaba conseguir empleo cuanto antes.

Hacía seis meses había llegado al país y ya le había pasado el entusiasmo ingenuo, casi infantil, de los primeros días en los que soñaba con ser descubierto por algún jefe para trabajar en cualquier cosa de algún talento que él no sabía que tenía, con un salario que no lograba calcular, y que le ayudaría, por fin, a ahorrar, hasta podría pensar en casarse, y salir de la vida austera que siempre había tenido. Sería como empezar de nuevo. No lograba precisar cuál sería ese trabajo maravilloso. Era poco lo que sabía hacer, ni siquiera había terminado el ciclo básico de la escuela. Tantos hermanos y un país en guerra lo habían obligado a trabajar desde muy joven, pero de haber tenido más oportunidades tampoco habría avanzado mucho. No era él un hombre de libros y mucho menos de estudio.

Todos los días llegaba al restaurante a las nueve de la mañana, justo a tiempo para empezar a organizar las mesas y los platos para el almuerzo. A eso de la una llegaban los clientes, unos cuantos hombres solos que se bebían un té todavía hirviendo,



aromatizado con menta y tantas cucharadas de azúcar que formaba una capa en el fondo de los vasos de vidrio transparente. Comían el plato del día por un par de *dinares*, un poco de carne coronando una montaña de arroz acompañado de una ensalada fresca, probablemente con ingredientes traídos de sus países, a ese árido desierto que sólo producía una cosecha de dátiles al año en la negra tierra del petróleo.

Tenía poco trabajo en su esquina. Se dedicaba entonces a limpiar las mesas con esmero. No dejaba ni un grano de azúcar en el vidrio grueso que sostenía el descolorido mantel de plástico, luego filaba los cubiertos con exactitud, y finalmente reacomodaba las rosas artificiales de cada florero. Esto hacía día tras día, hora tras hora, y sólo alteraba su rutina con la llegada de un cliente esporádico.

Así se le pasaban las semanas, y el austero salario se veía complementado con escasas propinas. Las horas se le hacían largas y le dolían los pies y las piernas al final del día por estar siempre de pie. El viernes, el único día de descanso lo aprovechaba para ir a rezar, lavar sus pocas pertenencias y hablar con la familia. Aquellas llamadas lo dejaban con una mezcla de sensaciones contradictorias, nostalgia del lugar perdido, impotencia de no poder ayudarlos más y orgullo de estar por fuera. Luego salía a caminar por las calles de la ciudad, sin un rumbo fijo. Le parecía que la ciudad entera era una fábrica gigante donde todos eran parte de un engranaje de producción. Caminaba con un mar de hombres como él, también solos, y que probablemente acababan de terminar aquellos mismos rituales. A veces, al verlos agrupados en una esquina, en el cruce de un semáforo o acostados a la sombra de un árbol pensaba qué estarían haciendo todos ellos allí, qué los mantendría en ese lugar. El dinero, se contestaba, y dejaba el tema olvidado no muy convencido de su respuesta.

Otras veces pensaba en los otros meseros del restaurante. Se los imaginaba a todos juntos celebrando el día libre en un asado en alguno de los parques de la ciudad. Evitaba en lo posible caminar por allí. Ver familias reunidas compartiendo un almuerzo, niños jugando o amigos festejando lo hacía sentir patéticamente solo. Todos sus colegas venían del mismo país, del mismo pueblo casi todos, y parecía haber una camaradería profunda entre ellos en la que él no encajaba. A pesar de ser de un país vecino, parecía de un lugar tan remoto como si fuera del otro extremo del planeta.

Un día como cualquiera la vio. Era diferente. Estaba en la esquina más apartada del lugar. Un rayo de sol lograba colarse por alguna ventana para caer justo en el medio. El mantel caía con una gracia especial bajo el pesado vidrio y las sillas todas de diferentes estilos le daban un toque de personalidad. La limpió con más cuidado

que a todas las otras mesas y notó que sus manos se deslizaban en ella de una forma diferente, casi como una caricia, llegó a pensar. Buscó la flor más bonita y la puso en el mejor florero justo donde caía el sol. Estaba radiante. Sonrió satisfecho y siguió con su trabajo.

A partir de entonces, no le molestaba volver a empezar la rutina de la semana. De hecho, pasaba el fin de semana ansioso esperando la hora de encontrarse con su mesa. Repetía el ritual cada día con esmero: Limpiarla, arreglar el mantel, buscar la mejor flor y, lo mas importante: evitar que alguien se sentara en aquella esquina. Era otro.

A las tres semanas, sin mayor explicación, algo aleatorio como todo lo que pasaba en el restaurante, le dijo su jefe que se trasladara a otra zona del local. Trató de resistirse. No quería dejar ese rincón apartado en el que estaba *su* mesa. Intentó rehusarse, primero con argumentos, un poco traídos de los cabellos, luego con súplicas, casi con llanto, pero su jefe afanado en los preparativos del almuerzo no le prestó atención y lo hizo ir al otro extremo del restaurante. Desde lejos la veía, el sol iluminándola como siempre, pero una leve capa de polvo se empezaba a acumular en el vidrio y la flor se veía marchita, así como él mismo se sentía.

Ahora sin *su* mesa la vida era una sucesión de días que le ensombrecía el alma: levantarse, trabajar, acostarse. Como un autómata, sus sueños repetían lo mismo del día: fragmentos de conversaciones de los clientes en el restaurante, el sonido de los cubiertos al secarse, y al fondo la imagen de la mesa, el asomo de una alegría perdida. De igual modo, el dinero tampoco llegaba, si apenas el salario le daba para terminar el mes en una ciudad diseñada para el disfrute de unos pocos. A veces le parecía que no estaba en una ciudad sino en un gran hotel en el que él y otro millar de hombres pobres y solos se encargaban de atender y entretener a un puñado de huéspedes de honor, VIPs. No había podido ahorrar nada todavía, entonces el ciclo se repetía eternamente, no podría salir de allí, todavía no, ¿nunca? Y sentía una opresión en el pecho como si estuviera en una gran cárcel suntuosa entre el mar y el desierto.

Un día cualquiera llegó un cliente a la hora del almuerzo. En ese momento el restaurante estaba particularmente lleno, y un mesero lo llevó al fondo del lugar y lo sentó en su mesa. Vio como el hombre hablando a gritos por un celular de última gama, corrió la silla con ademanes bruscos, dejó caer todo el peso de su cuerpo envuelto en una *dishdasha* blanca como la nieve, y descargó con fuerza el manajo de llaves en un llavero con un león dorado. El golpe hizo caer el jarrón con la única flor en la mesa y el agua comenzó a derramarse hasta el suelo. Hasta ahí supo de sí mismo, ya el resto no pudo recordarlo bien. Le llegaba todo a fragmentos: el recuerdo de unos gritos, unas manos que lo agarraban por detrás mientras él asía con fuerza la *dishdasha* del cliente ensuciando la tela blanca que nunca antes había visto una mancha, un golpe aquí, otro allá, y un dolor muy fuerte en la cabeza. Luego, dos oficiales de policía hablando en árabe. Se vio a sí mismo montado en la patrulla de la policía mientras todo el mundo miraba alrededor sin decir nada. Y al final, solo un silencio absoluto. ■